

Agosto de 1950

# El suicidio de Cesare Pavese

Francisco Pérez Gutiérrez

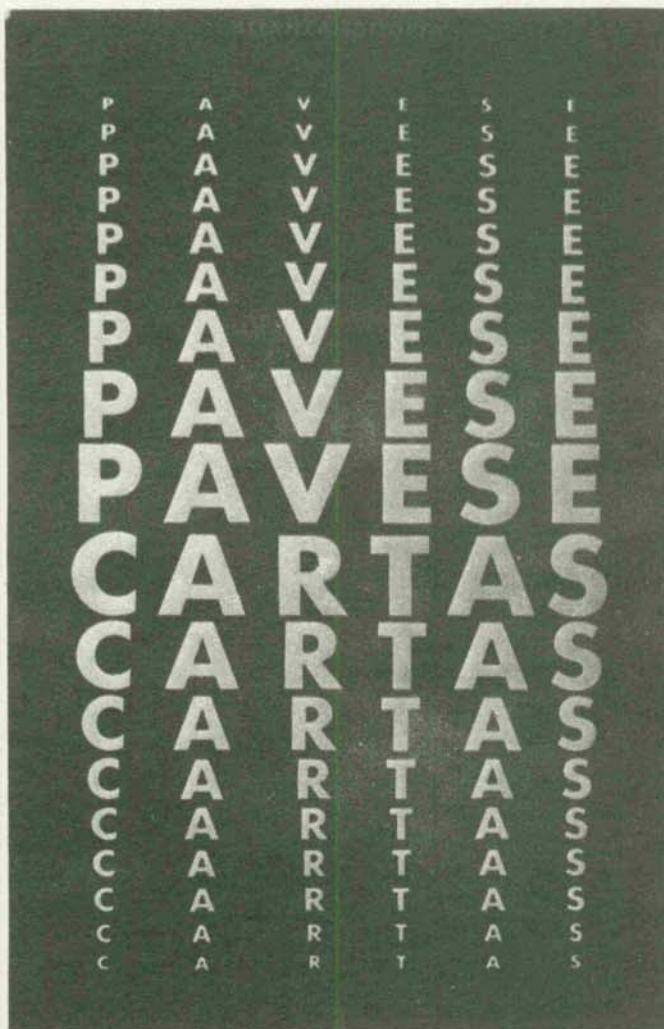


En la noche del 26 al 27 de agosto de 1950, se suicidaba en Turín Cesare Pavese, tras haber intentado infructuosamente establecer contacto con algunas de sus amigas. Pocos hombres como él prepararon tan cuidadosamente su muerte, dándole un lugar exacto, un hueco rigurosamente prefijado en cuantas páginas escribió.

*SE cumplen ahora veintiséis años desde que César Pavese se suicidara en Turín, en la noche del 26 al 27 de agosto de 1950, tras haber intentado en vano, mediante sucesivas llamadas desesperadas, establecer contacto con algunas de sus amigas imposibles. Desde aquel instante, un último personaje invisible hasta entonces en su obra de poeta y novelista, pero una y otra vez evocado con insistencia enfermiza y fatal, vendría a habitar sus páginas, a oscurecer con su tránsito de ave sombría sus colinas piemontesas, a otorgarle a su creación literaria el definitivo significado. Ha habido muchos poetas y escritores que se han suicidado. Muy pocos, quizás ninguno, que hubiesen preparado tan cuidadosamente a su muerte propia un lugar exacto, un hueco rigurosamente prefijado en sus páginas.*



**C**OMO dijo Susan Sontag a propósito del Diario de Pavese, *Il mestiere di vivere*, el escritor turinés se nos presenta a lo largo de sus quince últimos años de existencia como la encarnación del **sufridor ejemplar**, como el hombre que se justifica como hombre gracias a la realización de una tarea dolorosa, de un **oficio ingrato**: escribir; un oficio del que la vida se venga dejando al escritor vacío, como un fusil descargado, ya que el escritor, al convertir la vida en página escrita, no hizo más que incinerarla (15 de septiembre de 1935).



Las Cartas de Pavese constituyen —junto con su Diario— un documento inapreciable para seguir la evolución de su vida. Una vida marcada por el sufrimiento, por un destino trágico que impregnaría tanto sus poesías como sus novelas, caracterizadas siempre por la más completa sinceridad.

Diríamos más: que el último sentido de su **oficio** literario consistió en escribir para tratar de alejar la idea del suicidio, para indagar si podría escribiendo no tener que morir. Lejos de ser esto una exageración ensayística, nos parece que constituye la única posible explicación coherente de su vida y de su muerte, de su poesía y de su obra de novelista, de acuerdo con los elementos de juicio que nos ofrecen su Diario y sus Cartas, éstas últimas aparecidas

en castellano en una excelente traducción de Esther Benítez (1).

Césare Pavese confió a su Diario en dos ocasiones la afirmación **taxativa de su destino trágico** a causa de su incapacidad sexual. Según escribía el 27 de septiembre de 1937, lo fundamentalmente trágico de la vida consistía en que las mujeres cuya comunicación deseaba ardientemente no eran más que unas hambrientas sexuales, y en consecuencia, *«el hombre que eyacula demasiado rápidamente haría mejor en no haber nacido. Es un defecto por el que vale la pena matarse»*. Y el 23 de diciembre, tras de referirse a su revelación infantil del sexo como única realidad: *«Era necesaria la impotencia, la convicción de que ninguna mujer goza conmigo, de que nunca gozará (somos lo que somos), y he aquí esta angustia. Por lo menos ahora puedo sufrir sin avergonzarme: mis penas no son ya de amor. Pero éste es verdaderamente el dolor que mata toda energía: si uno no es hombre..., si debemos andar entre mujeres sin poder pretenderlas, ¿cómo darse fuerza y resistir? ¿Hay un suicidio mejor justificado?...»* Como se ve, es la sensación de aplastamiento producida por su insuficiencia sexual la que se conecta directamente con la idea del suicidio. Y si suponemos a semejante sensación como proyección consciente y adulta de lo que fue ya en su niñez y adolescencia una dificultad creciente de comunicación, cuyas raíces se sumían tal vez en la ausencia de la figura paterna y el sometimiento a las figuras femeninas —nada perversas, pero sí equivocadas— que presidieron el ámbito familiar, cabe sostener sin exageración que la vocación literaria de Cesare Pavese, su **oficio** de escritor, fue el quehacer instintivamente hallado para comunicarse su yo, ya que no con sus semejantes, con sus imaginarias criaturas. Conviene no olvidar que hasta su poesía es mucho más narrativa que lírica, se halla más poblada por fisonomías transeuntes que por sentimientos, aunque éstos no dejen de ser recurrentes.

Que Cesare Pavese nos fuera dejando en sus relatos sucesivas imágenes de sí mismo es algo que no parece ofrecer motivo alguno de duda. Si ponemos en relación el texto de su Diario anteriormente citado, la carta a su amigo Enzo Monferini de unos días después y la figura del narrador en *La playa*, ese «profesor» que sólo superficialmente ha sido capaz de abandonar por unos días su aislamiento, requerido por un matrimonio amigo, identificaremos sin mayor dificultad tres figuraciones de la misma persona. La carta a Monferini

(1) Dos volúmenes, publicados por Alianza Editorial en 1973.





Pese a no haber adquirido un compromiso político definido, Pavese fue detenido en Turín el 15 de mayo de 1935 al mismo tiempo que un nutrido grupo de intelectuales antifascistas. El régimen encarnado por Mussolini —al que vemos en uno de sus discursos— decidió entonces el largo confinamiento del escritor en un pueblecito de Calabria.

(enero de 1938) contiene en efecto elementos de confesión idénticos a los del Diario citado: «Me encanta poder vivir algún tiempo con vosotros, como este verano... Aunque convencido de la insuficiencia de todo comercio humano, tengo una sed terrible de amistad y comunión, como las viejas solteronas. Y vosotros seríais quizá el ideal»: Así concluye, después de aludir a una tentativa de suicidio provocada, sin duda, «por el azote que tú sabes» y que no pudo ser otro que la desesperación de su impotencia, nuevamente referida con palabras análogas a las del Diario. Por lo demás, en otro lugar de la misma carta a su amigo hallamos resumida con excepcional claridad toda la filosofía de Pavese, la de su intimidad, la de su actitud religiosa y hasta la de su perspectiva histórica: «Es imposible entenderse entre hombre y hombre; imagínate entre hombre y mujer. En cuanto a la **caridad**, es inútil, sin la confianza en un Dios históricamente encarnado no es más que una patraña. «Si Dios no existe, todo está permitido». Y como no existe, el poderío es la única ley. O vivir fuera del mundo (y, ¿cómo es posible, si vivir significa estar en el mundo?), o aceptar, aunque sea civilizada y peinada, la ley del poderío. Soy pesimista yo también, pero esta vez en serio. No creerás que estoy errado si olvidando por un momento vuestras familias y vuestros hijos, deseo una buena conflagración 1914-18

donde pueda quemarse no sólo mi humilde persona, sino también toda la clase de los intelectuales desplazados ante las sacrosantas revoluciones autoritarias. Es mi más caro deseo. Excluyo de él, naturalmente, a los amigos para los cuales me desagradaría; y vivo, en suma, con la mentalidad del suicida, cosa mucho peor que el suicidio consumado, que es sólo una operación sanitaria» (vol. I de la edición referida, págs. 307-309). Quien escribía esta carta era aquel profesor que después de haber vagado por entre las sombrillas de la playa, sus amigos y las mujeres o las amigas de éstos, no era capaz siquiera de sentirse especialmente solo al marcharse todos —como se sentía su joven amigo y alumno Berti— porque en realidad tampoco había roto el cerco de su soledad ni se había podido encontrar acompañado cuanto estaban aún todos allí.

El conjunto de estas Cartas —que abarcan toda la vida de Pavese, desde sus dieciocho años hasta unas horas antes de su muerte— constituyen una parte integrante de la obra misma del escritor, y no sólo de su biografía. Quizás incluso con mayor nitidez que el Diario, las cartas nos desvelan la intimidad de ese narrador que de un modo o de otro interviene en todos los relatos de Pavese, especie de yo lírico que si no es Pavese mismo, es al menos el resultado de la reflexión de Pavese ante el espejo de su propia y difícil intimidad.

La colección se abre con dos piezas ejemplares, arquetípicas: la carta del alumno al profesor, cuando ambos han traspuesto el umbral que los convierte en discípulo y maestro respectivamente, en la que el primero reclama apasionadamente la atención del segundo con su llamada a la severidad y la crónica de sus lecturas tumultuosas —el profesor no era otro que Augusto Conti, de honda influencia durante años en la orientación de Cesare—; y la carta al amigo, a Tullio Pinelli concretamente, escrita con la apariencia de suficiencia y aun de petulancia con que en la comunicación epistolar de unas vacaciones se lanzan recíprocamente los «perros jóvenes» sus descubrimientos frenéticos, de libros, de ideas o de tentativas de creación; sin que falte siquiera la confesión del «hijo del siglo»: «Soy uno de los muchos hijos empapados del XIX. Demasiado grande, en pensamiento, sentimientos y acción, fue ese siglo; igualmente grande, por ley histórica, debe ser el abatimiento de los que ya no pueden creer en sus ideales y que no saben encontrar resueltamente otros nuevos... (...). Tanto así, entre lo sombrío y lo claro, lleno de sentimientos discordes... No sé lo que quiero. O mejor dicho lo sé, pero no sé alcanzarlo. Necesitaría un alma fuerte, un carácter que se impu-



siera a toda la anarquía que reina en mi interior...»: Nada, en efecto, que no haya sido escrito en múltiples ocasiones por aprendices, más o menos aventajados, de futuros escritores; aunque ello no implique en absoluto que deban desdeñarse experiencias que son inevitables. Pero en cambio, pocos meses después, en sendas cartas de enero y abril de 1927 a otro amigo íntimo, Mario Sturani, nos sale ya al paso un destello inquietante que nos permite ver dibujarse los primeros rasgos de su trágico destino. Acaba de suicidarse un amigo común, y Pavese remite a Sturani un poema en el que divaga en soledad sobre su propia muerte: como un ensayo de suicidio tratando de imaginar cómo habría de resonar **el sussulto tremendo**, el tremendo sobresalto del disparo en la noche en que le hubiese abandonado la última ilusión... La segunda carta aludida es más explícita. Ante todo, la sorprendente afirmación en el muchacho que aún no ha comenzado a escribir, de que no volverá a hacerlo: «Así, pues, has de saber que no volveré a escribir. No volveré a escribir, estoy casi seguro. No tengo ya fuerzas y, además, no tengo nada que decir. Una vez llegado a los versos del revólver sólo queda dejar la pluma y proceder a los hechos» (o. c., págs. 37-38). ¿Qué había ocurrido? Que se sentía enamorado al mismo tiempo que «incapaz, tímido, perezoso, inseguro, débil, medio loco...»; que no creía poseer energías suficientes para aquella conquista, y, de tener-

las, no se hallaba seguro de que valiera la pena. Mientras tanto, no consigue embrutecerse y se contenta con las satisfacciones del autoerotismo. Al final, aunque intente vanamente soslayar el problema, transparece su origen: ninguna mujer le ha aceptado nunca (y el joven Pavese está convencido de que nunca ninguna le aceptará en el futuro). Como ya habrá advertido el lector, estamos ante los primeros síntomas de lo que diez años más tarde expresará Pavese inequívocamente en su Diario en forma de pleno diagnóstico. También la problemática religiosa de Cesare Pavese tiene en estas Cartas algunas notables clarificaciones. Una larga misiva a Tullio Pinelli, 18 de agosto de 1927, entre airada e irónica, nos ofrece la crónica, así intelectual como emotiva, de sus actitudes religiosas. Ante todo, viene a decirle a su amigo, no se siente como el tipo de hombre al que las conclusiones de los pensadores pueden satisfacer; y se define a sí mismo como el «**homo logicus et plus** que vive a la sombra de las chimeneas de las fábricas y (...) de vez en cuando se retira también a una iglesia, pero más a menudo a un burdel para pensar en sus cosas». Pavese entiende que la religión, el catolicismo en particular, es un vasto sistema cuidadosamente calculado para ofrecer seguridad, y que de hecho se la comunica a quienes le aceptan; pero él cree haber podido identificar muchas de sus contradicciones. En consecuencia, le parece



A la caída del fascismo, toda una pléyade de escritores pudo por fin expresarse en libertad, una libertad tantos años amordazada. Vittorini y Pavese (juntos en la foto) fueron dos de los mayores exponentes de dicho grupo, que elevó rápidamente la narrativa italiana a uno de los puestos de honor de la producción literaria mundial.



inaceptable, así como poco menos que odiosa la seguridad de sus adeptos. Resultado presumible a priori si se advierte que semejante concepción religiosa —y aunque ahora dejemos a un lado su desvío teológico—, resulta intolerable para quienes, como Pavese, no tienen otro destino que asumir su inseguridad como forma de existencia, hasta las heces, o morir. Mientras tanto, la carta concluye con un canto dolorido a la vida: «... tú, con todo tu San Francisco, nunca me has sabido decir nada sobre los sufrimientos de los animales y ni siquiera los sentías. Yo he temblado por ellos durante años, y esta es mi vida, vida entre las cosas vivas, y la aversión a la muerte, y todos los sentimientos, todas las pasiones, las fábricas y las iglesias, los burdeles y los poetas, los científicos, los hospitales, los suicidios y las revistas... Yo trato de vivirlo todo con un ardor que se relaja sólo para reanimarse y sufro, sufro divinamente por mis deseos más lancinantes o mis desesperaciones más viles. Y si amo también los libros es porque en fin de cuentas los libros son parte

*del mundo, como las mujeres, los árboles, los animales, las flores, los poetas, las fábricas, las estrellas y esta maravillosa carta mía»*: Mueca por cierto esta última, como algunas otras en el transcurso de la carta, que difícilmente logra encubrir los rictus del más hondo sufrimiento.

La correspondencia de los años 1928-1935 nos revela sobre todo el concienzudo proceso de profesionalización de Pavese, en especial como traductor. Es evidente que fue la doble disciplina que se impuso —de traductor-escritor— lo que contribuyó a aliviar su íntima desolación y le permitió realizarse hasta el punto más alto que alcanzó su frágil personalidad. Las cartas a Antonio Chiuminatto, amigo avecinado en Wisconsin, nos hablan de la seriedad con que Pavese se tomó su tarea, del encarnizamiento de su aprendizaje del idioma americano. Es sabido cómo las traducciones de Pavese, junto con las de su amigo Vittorini, además de la obra literaria de creación de ambos, cambiaron el panorama nove-



He aquí una de las últimas imágenes que recogen a Pavese vivo: la noche de la concesión del Premio Strega de 1950. Carlo Levi acompaña en esta ocasión al escritor, quien siempre se movería en la contradicción de una soledad deliberada y una rabiosa necesidad de amistad.





A lo largo de su vida, Pavese no vio ninguna de sus novelas llevadas al cine. Sería Michelangelo Antonioni el primero en hacerlo, al rodar en 1955 «Le amiche», basada en «Tra donne sole» que el escritor publicase seis años más tarde. Se trataba de una aproximación más al universo femenino que tan profundamente observase el autor de «La playa».

lístico italiano en unos pocos años. Otro factor de sostenimiento del amenazado equilibrio de la existencia de Pavese habría sido su gran amor por la «señorita», la enigmática muchacha de la que estuvo enamorado por esta misma época, pero semejante extremo biográfico carece de documentación en la correspondencia del escritor.

El 15 de mayo de 1935 era detenido Pavese en Turín junto con un nutrido grupo de intelectuales antifascistas. Como más tarde escribirá a su hermana, nunca se había ocupado de política, pero la política empezaba a ocuparse de él. Tras varios meses de cárcel en Turín y Roma, se le confina a un pueblecito de Calabria,

junto al mar, donde habrá de permanecer hasta la primavera del año siguiente. A los famosos confinamientos mussolinianos debemos más de una obra literaria, y cualquiera puede recordar el espléndido **Cristo se detuvo en Eboli**, de Carlo Levi, detenido por cierto y confinado al mismo tiempo que su amigo Pavese. Pero lo que para Levi se convirtió en ocasión de una rica experiencia humana —la forzosa permanencia en Lucania le llevó a salir fuera de sí mismo y convivir con aquellas gentes olvidadas—, no fue para Pavese otra cosa que empujón hacia el fondo de su pozo de soledad. Están las cartas a su hermana María, en las que pide libros o dinero e intenta tran-



quilizar a su familia; o a los amigos que se ocupan de la impresión de su primer libro de versos. Pero el 17 de septiembre de 1935 escribe a una mujer no identificada: «Yo paso los días (los años) en este estado de espera que en casa sentía algunas tardes de dos y media a tres. Siempre, como el primer día, me despierta por la mañana la punzada de la soledad. Es imposible describirte mis ansias. Mi pena no es la escrita, eres tú; y lo sabía muy bien quien así nos alejó. No escribo ternuras; el por qué, ya lo sabemos; pero ten la seguridad de que mi último recuerdo humano es el 13 de mayo. Te agradezco todos los pensamientos que has tenido para mí. Yo para ti sólo tengo uno, que no cesa jamás...» (o. c., pág. 253). Y en diciembre concluye así sarcásticamente una carta al profesor Monti: «Este júbilo que ilumina mis páginas ya habrá usted comprendido que nace justamente de la enormidad de la aflicción, por lo cual uno decide burlarse de todo. Tenga en cuenta que me despierto una\$ seis veces cada noche y que cada vez inicio la lucha en busca del espíritu (el aliento). Por lo demás, todo va como un guante (roto)».

El colmo del patetismo rezuma en una carta a su hermana de febrero del año siguiente: «De alma estoy muy mal. Mi estado lo podría describir así. Uno que tenga una gran postilla, medio arrancada, sujeta a la carne por filamentos. La herida hace muchísimo daño, cada movimiento (incluso la respiración) sacude los filamentos que sujetan la postilla a la carne y hace llorar de dolor. La solución es, sin duda, arrancar decididamente la postilla y eso es lo que hago **todos** los días. Pero la postilla se regenera y sigue doliendo y colgando a los filamentos y hay que arrancarla de nuevo. Vuelve a regenerarse, y otra vez fuera. Es un juego que dura ya nueve meses. Todo lo que me ocurre a mí y lo que **me imagino** que ocurre en Turín ahonda la llaga. Si pienso en el pasado para consolarme, también en él sólo encuentro una dolorida postilla. Y truncar el mal con el antiguo sistema, no puedo hacerlo, porque uno piensa que, aun después de muerto, **la postilla subsiste**. Si me estoy quieto me hace daño, y si me muevo también...» (ibid. págs. 293-294). Parece un fragmento kafkiano.

A medida que se acerca el final de su confinamiento —éste concluiría el 15 de marzo— comienza a agudizarse en Pavese la «mordedura de escualo» de la lejanía y del silencio de...; como si fuese ahora cuando cayera Cesare en la cuenta de que **ella** nunca le había escrito, ni siquiera por su cumpleaños. Se anuncia el tremendo derrumbamiento interior de Pavese al regresar a Turín y averiguar lo sucedido: **ella** se ha ligado a otro hombre... No parece exagerado afirmar que a partir de este momento, y a pesar de toda su obra reali-

zada precisamente durante los catorce años que va a seguir viviendo, Pavese ya no será más que un superviviente de sí mismo, y su obra precisamente una acongojada indagación del hombre solitario, del hombre desterrado de la mujer, aunque no «sin mujeres». La atmósfera de sus mejores relatos estará siempre atravesada por seres distantes e inasequibles, muertos incluso antes que logrados. Gisella, la insinuante muchacha de **Paesi tuoi**, morirá absurdamente en una incomprensible lejanía. La protagonista de **La bella estate** errabundará sin remedio lejos de sí misma y del hombre al que no ha podido amar.

Después de la etapa de confinamiento Pavese siguió derramando día tras día su intimidad en sus cartas, al mismo tiempo que proseguía, también hasta su muerte, el Diario iniciado en Calabria. Hoy cabe leer paralelamente cartas y diario y observar hasta qué punto, y sin que dejen de encontrar su expresión en ambos los acontecimientos exteriores, intelectuales o políticos —la guerra mundial, por ejemplo, y el desenlace de la era mussoliniana—, la parte del león se la lleva en diario y cartas la aflicción cotidiana, el dolorido sentir de aquel «animal solitario», de aquella «águila enjaulada» —expresiones cuyas literales— que fue el autor de los **Diálogos con Leucó**.

Entre las páginas más lúcidas de esta correspondencia se hallan sin duda las del autoanálisis remitido a su amiga Fernanda Pivano —otro amor frustrado—, y en las que Pavese reconoce su soledad deliberada y su necesidad rabiosa de amistad, ambas a la vez, ambas repartiéndose cruelmente las mitades del alma del escritor: «Durante un largo período, P. alcanzó una estoica ataraxia mediante la renuncia absoluta a todo lazo humano, salvo el abstracto de escribir... aguantaba, porque sabía que un derrumbamiento hacia las criaturas, hacia cualquier criatura, sería sólo una recaída, no un renacimiento... se produjo el derrumbamiento... Ahora paga cada instante de la ficticia soledad que se había creado. La vida se venga con una verdadera soledad. Así sea, como quiere la vida» (ibid. pág. 331).

Se podría hablar también de un arduo proceso en Pavese de purificación interior que le hace crecer a nuestros ojos en hondura y limpieza de alma. En una carta de 1945 a una amiga, le confiesa: «Bromeando, alguna vez he dicho que soy católico, pues bien, esto es católico (o cristiano, si quieres). Creer en las almas ajenas y respetarlas»: El resto es una auténtica confesión —incluso en el sentido **católico** de la palabra— una auténtica y humilde confesión de los propios pecados (o. c., II, pág. 66 y ss.). Y en 1949 admite, ante otra mujer colaboradora en



tareas de traducción, que el **locus** de toda su conciencia es un tormento de origen religioso (pág. 165).

Sólo unos días antes de su muerte, dentro del mismo mes de agosto de 1950, escribe su última carta esencial, la despedida a su amor postrero, la joven Pierina: «Pierina, quisiera ser tu hermano... Si me he enamorado de ti no es sólo porque, como suele decirse, te desease, sino porque tú eres de mi misma pasta... (...)... ¿Puedo decirte, amor, que nunca me he despertado con una mujer a mi lado, que cuando amé nunca me tomaron en serio, y que ignoro la mirada de reconocimiento que una mujer dirige a un hombre? ¿Y recordarte que, por culpa del trabajo que he hecho, siempre he tenido los nervios en ten-

sión y la fantasía dispuesta y precisa, y el gusto por las confidencias ajenas? ¿Y que estoy en el mundo hace cuarenta y dos años? No se puede quemar la vela por los dos cabos, en mi caso la he quemado toda por un solo lado y las cenizas son los libros que he escrito» (ibid. págs. 240-241). El destino de Cesare Pavese estaba cumplido. En sus últimas cartas seguirá oscilando entre el descreimiento —no advierte por ninguna parte la bondad divina— y la nostalgia, increíble, desde luego, de algún paraíso. Como se supo luego, sus llamadas angustiosas desde la habitación del hotel de Turín quedaron sin respuesta. De responder alguien, fue sin duda aquel Dios cuya acogida no aguardaba. ■  
**F. P. G.**



Cabe sostener sin exageración que la vocación literaria de Pavese, su oficio de escritor, fue el quehacer instintivamente hallado para comunicar su yo, pero no con sus semejantes, sino con sus criaturas de ficción. Los relatos pavesianos no contenían otra cosa que sucesivas imágenes de sí mismo.